I

Cómo me las compondré cuando, en la *Historia de España contada por Sobaquillo,* llegue á los siglos XVI y XVII, para hablar de nuestros famosos tercios en Flandes?

No acierto á comprender qué "tercios„ sean éstos. Allí no pasamos nunca del primer "tercio„ de la lidia. Poníamos picas nada más.

Y nótese que, aun sin pasar del primer tercio, nuestros mayores estaban muy por debajo de los actuales varilargueros. Sin duda eran las reses de extraordinaria pujanza, porque ellos no metían el palo dos veces. Se contentaban con poner "una pica„ en Flandes.

II

Cuando oigo ó leo algo acerca del lujo en la construcción de las Plazas modernas, digo como el personaje puesto por Pereda en *El sabor de la tierruca:*

—*¡Tadáy, pobreza!*

Para lujo, el de la Plaza de Toros de Zaragoza á fines del siglo pasado.

¿Quién ha de figurarse que el que pintó los tablones que separan el tendido del callejón, es decir, la barrera, fué el mismísimo D. Francisco Goya?

A su vuelta de Roma, tuvo uno de sus muchos arranques tauromaníacos, y cogiendo los pinceles, hizo gracioso alarde de su portentosa facilidad en las escenas y episodios del toreo, que trasladó con vibrante y vigoroso color á cada uno de los *panneaux* que hay entre pilastra y pilastra.

Cuando la intemperie empezó á destruir aquella obra genialísima, cuyo valor sería ahora incalculable, una brocha bárbara "pintó„ de nuevo la barrera, no sin que se salvaran algunos de aquellos tablones.

Lo sé por quien todavía alcanzó á verlos,

hace muchos años, en manos que después han dejado que se perdiera tal tesoro.

Y recordándolo, digo:

¿Qué valen junto á eso el hierro, y la piedra, y el cristal, y las imitaciones, moriscas ó romanas, de las modernas Plazas de Toros?

Ahí es nada. ¡Una barrera pintada por Goya!

Tanto valdría poner acuarelas de Fortuny en los aros de papel por donde saltan las amazonas de los circos.

III

Jerónimo José Cándido

Cuando no por su arrojo y osadía
frente á la brava res, siempre famoso
su nombre, que voló de coso en coso,
en los fastos taurómacos sería;
que él, en pro de la hispana bizarría,
trocó el justillo de ante, nada airoso,
y el calzón montaraz, por el vistoso
traje de seda y rica argentería.
A su invención los lidiadores deben
el lujo y gentileza seductora
que dan festivo aspecto al cruel combate;
pero á tales derroches hoy se atreven,
que Cándido diría:—¡Éstos de ahora
son toreros no más de escaparate!

IV

Hay en España un Obispo (y de los buenos), que lo es por obra y gracia de Manuel Domínguez.

Allá por los años de cincuenta y tantos, era ídolo del público sevillano el intrépido *Desperdicios*.

No todos los aficionados apreciaban de igual manera su mérito. Si eran muchos sus admiradores, también le censuraban algunos. De ahí, bandos enemigos, disputas ruidosas, peloteras, riñas. Hubo navajas tintas en sangre. y es fama que se esgrimieron también armas de más noble linaje y caballeresca historia.

Tales fueron las lucientes hojas de Toledo que cruzaron, á impulsos del ardor juvenil, dos oficiales de un distinguido y brillante cuerpo del ejército.

Íntimos amigos, habían asistido juntos el día antes á la corrida de toros, en compañía de otros camaradas y de las inevitables botellas del rico oloroso.

—¡Te digo que Manuel no ha vaciado al toro ni le ha esperado á pie firme!

—¡Te digo que *Desperdicios* ha recibido en toda regla!

—¡Tú qué sabes!

—¡Tú que entiendes!

Las palabras se agriaron, los ánimos se encendieron, y sin que nadie pudiera impedirlo, sonó un bofetón... El duelo fué irremediable, y el desenlace del duelo fué funestísimo para uno de los dos bravos militares.

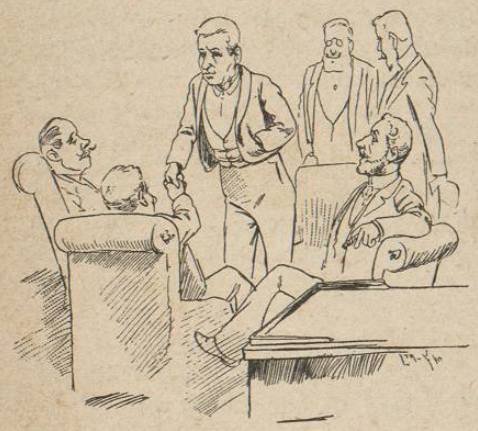
El otro, cumplida la dura ley que le había obligado á reñir con un amigo cariñosísimo, sintió tal congoja y pesadumbre, que se apartó del mundo, trocando á poco el seductor uniforme por la austera sotana.

Tan ilustrado como virtuoso, llegó, andando el tiempo, á ceñir el anillo pastoral, y he aquí cómo hay en España un Obispo que debe su mitra y báculo al estoque y muleta de Manuel Domínguez.

V

Anécdota moderna:

Siendo ministro de la Gobernación don Francisco Romero Robledo, estaban una



noche haciéndole la tertulia varios de sus amigos, y entre ellos Rafael Molina.

Se hablaba de toros; y tanto por halagar al Ministro, gran lagartijista, como al maestro, todos se declararon entusiastas de *La-*

gartijo, mezclando con estos elogios agrias censuras á *Frascuelo* y su estilo, por creer quizás que así agradaban más al de Córdoba y al de Antequera.

—Vamos, caballeros — dijo D. Mariano Zacarías Cazurro, que se hallaba presente;—no hay que quitar nada á Salvador.

Y en breves frases puso de relieve todos los méritos del intrépido espada.

—¡Choque usted!—exclamó *Lagartijo* levantándose de su asiento y tendiéndole la diestra;—ya veo que aquí no hay más frascuelistas que usted y yo.

VI

Anoche en el Imperial
decía el *Meco* al *Condena:*
—Oye, tú, que sabes tanto:
¿no es verdá que hay una fiera
que llaman *onza?*
—¡Verdá!
—Pus á una fiera como ésa
la recibo yo mejor
que á un toro de Concha-Sierra.

VII

Los procedimientos de mojiganga empleados en las corridas de toros de París han abierto nuevos horizontes á los partidarios de la pena de muerte.

Porque es lo que ellos dicen:

—¿Matan á los hombres en la plaza de la Roquette, y no dejan matar á las bestias en la Plaza de Toros? Si lo que se busca en la pena de muerte es la ejemplaridad, no nos oponemos á que el sentenciado suba al patíbulo, y se le haga creer que va á morir, y ponga la cabeza en la guillotina... limitándose el verdugo á "marcar la suerte„.

Me figuro lo que contestaría Alfonso Karr á esas pretensiones, si no le hubiera cortado la coleta la muerte:

—Aplaudo ese novel procedimiento.
Yo lo defenderé con ardimiento...
cuando los criminales
"embolen„ previamente sus puñales.

VIII

Meditación:

¿Por qué se ha dado á la *muleta* este nombre?

Porque en cuanto la maneja un matador, sabemos *de qué pie cojea.*

IX

Tuvo un hijo Antonio Recio,
picador de empuje y fama,
y al presentarlo en la iglesia
para que lo bautizaran,
dijo:—Como éste ha de ser,
si la vista no me engaña,
picador como su padre,
¡que lo bauticen con árnica!

X

Disputaban un día Gayarre y *Frascuelo* acerca del canto y el toreo, queriendo cada

cual para su respectivo arte la supremacía, en punto á dificultades y obstáculos que vencer.

—No le des vueltas, concluyó Salvador: el toreo tiene más mérito que el canto.

—Pero ¿por qué?

—Porque antes de trabajar, tú ensayas... ¡y yo, no!

XI

—No hay que hablar de precauciones
donde está Curro Canguelo.
—¿Quién, el matador?
—El mismo
que viste y...
—¿Y calza?
—No es eso.
El mismo que viste, y pierde
los zapatos en el ruedo.

XII

En un examen de segunda enseñanza:
—¿Cuántas clases de sangre hay?
—Sangre roja y sangre blanca; sangre caliente y sangre fría.
—¿Nada más?
—Sangre venosa y sangre arterial.
—¿No hay otra clase de sangre?
—Como no sea la sangre torera...

XIII

MEMORIAS DE UN HORTERA

¿No dicen que es la Pilar
tan fogosa, y que recarga?
Pues ayer vino por gró
y sólo tomó dos varas.

XIV

¡De cuántas antinomias y contradicciones está lleno el toreo!

El ideal de los diestros consiste en *coger los blandos;* y, sin embargo, su aspiración se cifra en *coger los duros.*

XV

Era domingo de Pascua,
y hacía un tiempo infernal,
y el lunes llovió á torrentes,
y el martes llovió la mar.
Retrasada la apertura
del curso cornamental,
exclamaba *Lagartijo:*
—*¡Jasta Dios da er paso atrás!*

XVI

23 de Agosto.—Hasta las *Nouvelles à la main* de los periódicos parisienses son ahora taurinas.

En *L'Evénement* llegado hoy á Madrid, encuentro esto, que dejo en francés, porque así es como tiene gracia:

"Tout s'espagnolise.

Mme. X... à une de ses amies:

— Mon mari revient aujourd'hui, et je tremble qu'il n'ait appris quelque chose!

—Et ça t'effraye?

—Ah! c'est que lui, il n'est pas *embolado!*„

Con ésta serán cuatro las palabras españolas que hayan adquirido carta de naturaleza en los demás idiomas cultos.

Sabido es que las otras tres son *maritornes, camarilla* y *pronunciamiento.*

XVII

—Me gusta que llueva mucho,
—dijo un torero de invierno,—
porque así *empapo* á los toros,
y así me *mojo* los dedos.

XVIII

En el café Suizo.

Se habla de riquezas artísticas delante de un señor muy ignorante y muy aficionado á toros.

—Lo mejor que hay en Madrid, dice uno, es *La Perla* de Rafael.

Y mi hombre pregunta:

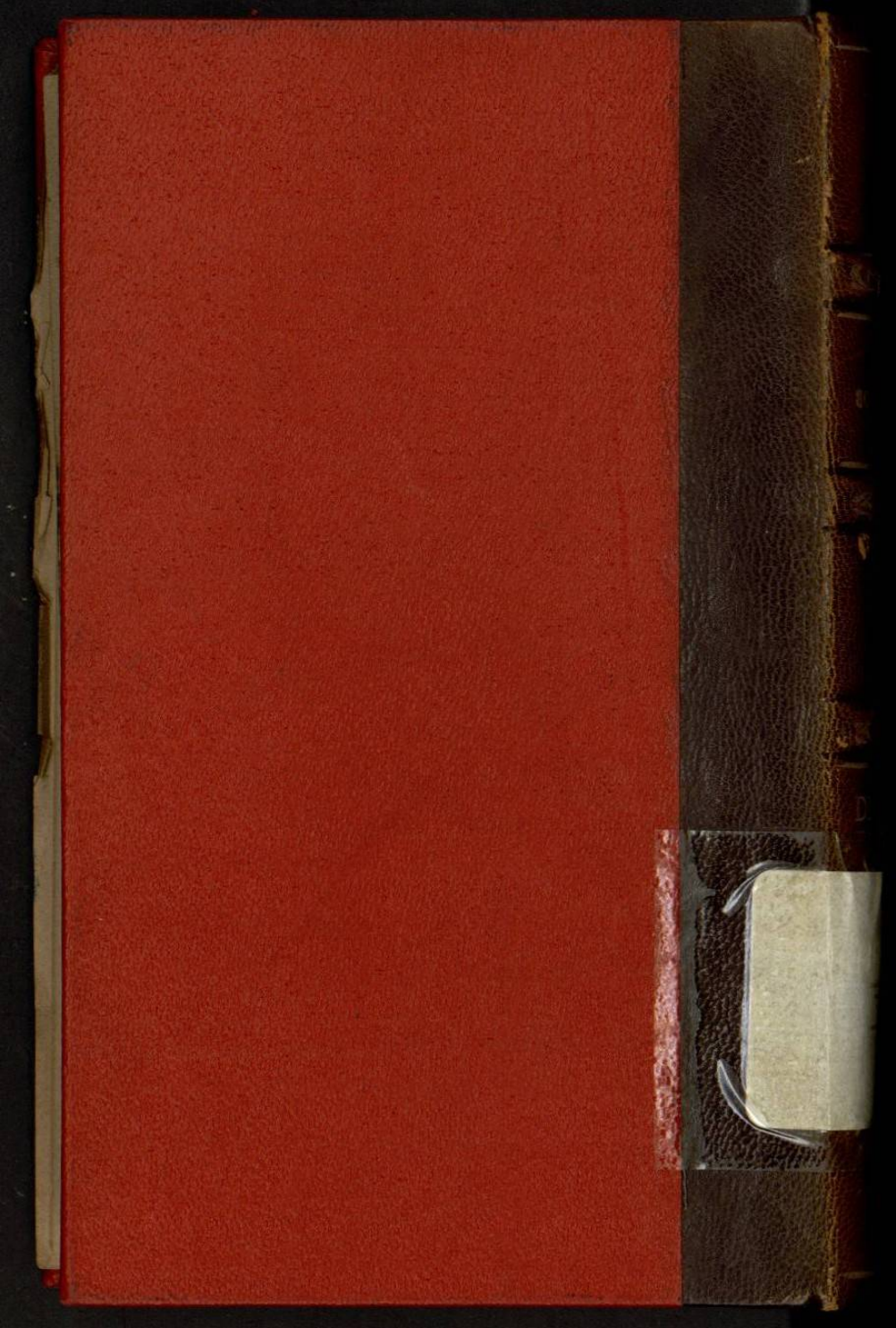
—¿Y cuánto le ha costado esa alhaja á *Lagartijo?*

XIX

Nada conozco que al poëta inspire
tanto como los cuernos.
¿Lo duda alguno? Pues que estudie y mire
nuestros dramas modernos.

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO.—De pitón á pitón	VII
Macheroni alla romana	1
Lances de honor	13
Carta á un *Alguacil* ex cronista de *El Globo*	19
Ración de lengua	29
Toros mecánicos	39
Lettera á Filippo Filipponi, baritono berrendo in basso	45
Tañedores y vihuelas	51
El estanco de los toros	59
Un nuevo cuerpo facultativo	65
La escuela de tauromaquia y el toreo moderno	73
Alleluia! Alleluia!	79
Obras de arte	87
Sobaquillo: *Mis Memorias íntimas*	95
El santoral taurino	103
Carta abierta	109

Páginas.

Pour une farce, voilà une jolie farce 117
París-Marsella-Orán 125
Correo embolado 133
Toros de guerra 139
Se arrancan pitones sin dolor 149
Virtuti et merito 155
La vida parisiense 163
A enseñarse tocan, ó la *toilette* á grande orquesta . 171
¡Llorad, patriotas! 181
El bigote de Ponciano 187
Galop final 195
Carnot en el apartado 203
Del círculo y de su cuadratura 209
Toreo internacional 217
¿La tomo? 225
Bodas de plata 233
Función de desagravios 241
Química taurina 247
La coleta de *Frascuelo* 255
Consulta pública 261
Capotazos 267